



Eduardo
Mendoza

NUEVA YORK

El cielo de Nueva York es un cielo romano, racionalista, prosaico, alejado por igual de la sensualidad perfumada del Asia Menor y de las brumas fantasmagóricas del Norte. Bajo este cielo, que invita a callejear a pesar de los rigores del clima, un indio jubilado a quienes todos llaman Jimmy, pero cuyo verdadero nombre es Washakie, como el célebre jefe de los shoshones, explica al autor, en la terraza de una taberna de Jackson Square, que hasta hace poco, en una Nueva York que ya no existe, las luces no se apagaban nunca. Así se inicia un recorrido íntimo, personal, por las calles de una ciudad que irá revelando sin estridencias, fragmentariamente, en el tono crudo y desmitificador de la vida cotidiana, algunos de sus más íntimos secretos.

Introducción

Llegué a Nueva York casi por error. Yo había solicitado un puesto en un organismo internacional, concretamente en las Naciones Unidas, en la creencia de que si lo obtenía podría elegir mi lugar de destino. De haber sido así, probablemente habría optado por Ginebra, con la intención, una vez allí, de abrirme paso hacia París o Roma, dos ciudades que entonces, como ahora, me parecían fascinantes por muchas razones. La verdad es que nunca había pensado que en algún momento de mi vida pudiera irme yo a vivir a Nueva York, aunque siempre he sido persona inquieta, propensa a cambiar de residencia y de oficio con cierta periodicidad y a fabular siempre. Pero, como digo, Nueva York no entraba ni en mis planes ni en mis ensoñaciones. Ni siquiera había pensado visitar esa ciudad como viajero. Más aún: antes de pedir y obtener el puesto en las Naciones Unidas a que me acabo de referir, había escrito una novela, que fue publicada posteriormente y en cuyo desenlace el protagonista, falto de medios y de alternativas, emigraba precisamente a Nueva York. Con esto quiero decir que cuando escribí esas páginas Nueva York era para mí un confín del mundo, el símbolo del destierro y el marco idóneo, por consiguiente, para un desenlace triste. Enfrentado sin embargo a los hechos y falto a mi vez si no de medios sí de alternativas que me ofrecieran el aliciente necesario, decidí hacer de tripas corazón, aceptar el trabajo que me ofrecían en Nueva York y procurarme un traslado a otro sitio lo antes posible. En Nueva York no conocía a nadie y mi falta de interés previo había hecho que mi ignorancia respecto

de esa ciudad fuera absoluta. Sólo sabía lo que había oído contar y lo que reiteradamente relataba la prensa: historias de crímenes y violencias. Tampoco sabía o sabía de un modo muy superficial que Nueva York estaba atravesando en esas fechas por una crisis financiera sin precedentes.

Llegué por consiguiente a Nueva York con un montón de tópicos por bagaje. Si hubiese emprendido el viaje unos años más tarde, estos tópicos, sin dejar de serlo, habrían tenido un signo radicalmente distinto. En los años que siguieron a mi llegada, Nueva York superó la crisis y pasó de ser la escoria de las ciudades a ser la ciudad por antonomasia, la ciudad de moda. Yo tuve oportunidad de ser testigo de esta metamorfosis, pero quien espere encontrar en las páginas que siguen una explicación coherente del fenómeno se verá defraudado de plano: ni sé qué pasó ni sé por qué las cosas tomaron ese sesgo y no otro.

Cuando llegué a Nueva York había barrios en los que sólo habitaban las ratas. Hoy las celebridades de todo el mundo pagan fortunas por adquirir un apartamento en ese mismo sector. Naturalmente, los que previeron esta evolución con tiempo amasaron verdaderas fortunas. Éste no fue mi caso, como es obvio. Si algo tuve, lo dejé perder. La verdad es que lo que ocurría en Nueva York me resultaba indiferente. Durante dos años no tuve otra idea que salir de allí y removí cielos y tierra para conseguir un traslado a Europa. Cuando por fin llegó ese traslado me di cuenta de que no podía dejar Nueva York. Yo fui el primer sorprendido, pero ante la evidencia no me cupo otra solución que renunciar al traslado, quedarme allí y volver la mirada hacia aquella ciudad que de un modo tan inesperado me había atrapado sin que yo me diera cuenta. Pero al mirar la ciudad con otros ojos, con ojos analíticos, por así decir, me di cuenta de que ya era tarde: durante aquellos dos años la ciudad me había ido calando imperceptiblemente y descubrir ahora una ciudad distinta a la que ya llevaba dentro me resultaba imposi-

ble. Por eso ahora, enfrentado a la necesidad de describir lo que es o, mejor dicho, lo que fue Nueva York, sólo sé referirme a los colores, los olores, los ruidos y la luz de Nueva York, la gente, las calles, tal o cual atardecer de invierno en la calle 57, un mediodía de verano en Washington Square o una noche de otoño en la Quinta Avenida.

Cuando llegué a Nueva York los coches todavía eran grandes como barcos, aunque la crisis del petróleo ya los había sentenciado inapelablemente. Los periódicos hablaban a diario del caso Watergate y de la guerra de Vietnam. Por la radio se oía cantar a Barbra Streisand una canción cargada de nostalgia: *The Way We Were*. Thomas Pynchon acababa de publicar *Gravity Rainbow* y aún se leían las novelas de Nero Wolf. Los que lleguen ahora a Nueva York encontrarán una ciudad muy distinta de la que yo viví y de la que por necesidad describo en estas páginas. Para mí Nueva York sigue siendo la de entonces: la de las calles desiertas y los solares tenebrosos, la de los sobresaltos y las maravillas, aquella ciudad abandonada a su suerte, brutal y desesperada, la de una gente que se daba por satisfecha si conseguía sobrevivir a la noche y no sabía que el vino blanco se bebe frío y el tinto, chambré. Con esto no quiero decir que lo que Nueva York es hoy sea peor. Muy al contrario: todo el valor anecdótico que pudiera tener la crueldad de entonces no compensa el sufrimiento de tanta gente, ni el de una sola persona. Por otra parte, según entiendo, los cambios que se han producido en la ciudad no han mejorado paralelamente la suerte de las víctimas de antaño; éstas simplemente han sido barridas hacia otras zonas y su lugar ha sido ocupado por una burguesía pujante y joven. Este libro sin embargo no se propone tratar de la justicia distributiva. Es difícil hablar de los Estados Unidos hoy sin enzarzarse en diatribas ideológicas acerbadas. En este libro procuraré soslayar las ocasiones de incurrir en ello.

Dicho lo que antecede, sólo me resta hacer algunas observaciones o advertencias al lector. La primera de ellas es

ésta: que soy muy vulnerable a las impresiones que deja en el ánimo la memoria inconsciente y que al describir lo que recuerdo es posible que inadvertidamente deforme los hechos para adaptarlos a la impresión que recibí en su día sin percatarme de que la estaba recibiendo. Con esto quiero decir, dejando de lado este lenguaje pomposo, que los datos que doy no son de fiar. De todos modos, quede claro que este libro no es una guía. Hay guías excelentes de Nueva York, hechas por profesionales competentísimos, a los cuales no he tenido en ningún momento la pretensión insensata de suplantar. El que visite Nueva York sin ánimo de establecer allí su residencia, el viajero, hará bien en proveerse de una o, mejor aún, de varias guías, consultarlas y aprovechar de este modo al máximo los atractivos de la ciudad. El que Nueva York esté o haya estado de moda hasta hace poco por tal o cual motivo no debe hacer olvidar al viajero que Nueva York es al mismo tiempo una ciudad rica en historia y poseedora de un acervo cultural importantísimo.

La segunda advertencia que quiero hacer es muy similar a la precedente: como el lector pronto advertirá, he omitido ex profeso la referencia específica a bares, restaurantes, tiendas y locales. Muchos de los que aparecen descritos en este libro no existían ya cuando lo empecé a redactar y es posible que cuando estas páginas salgan a la luz haya desaparecido igualmente el resto. Todas las ciudades cambian rápidamente y Nueva York no es excepción. En este sentido incluso las guías más recientes pueden inducir a error. En Nueva York no existe, que yo sepa, una publicación semanal dedicada a informar acerca de las últimas novedades. Sí hay en cambio varias revistas que tocan el tema más o menos tangencialmente. En general el *New Yorker* es una buena referencia para lo que se refiere a teatros, cines, museos y exposiciones. Para lo *in* y lo *trendy* se puede consultar una revista internacional llamada *City*, que dedica en cada número, según creo, un espacio a Nueva York, entre

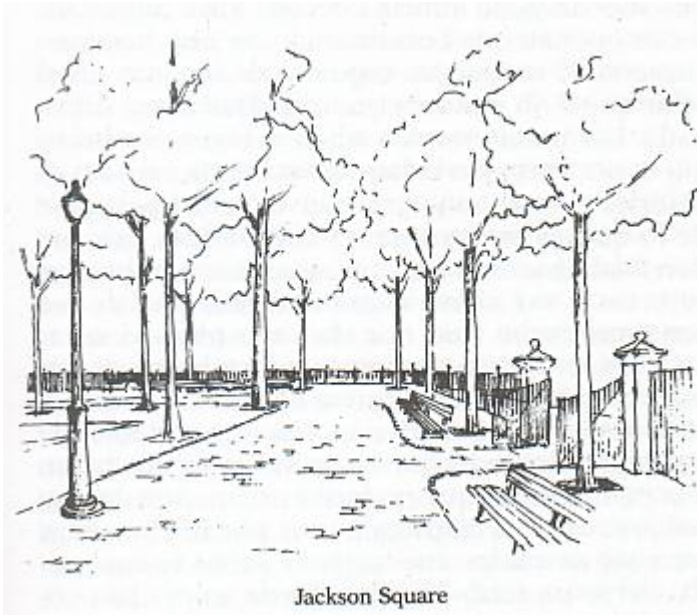
otras ciudades. El *New York Times* publica los viernes un suplemento titulado *Weekend* que suele traer información útil y sugerencias interesantes. Hay además un sinfín de revistas especializadas en las que el aficionado encontrará lo que busca o, más probablemente, naufragará sin remedio en un océano de información contradictoria. Nada sustituye, por supuesto, al amigo o conocido que lleva tiempo residiendo en la ciudad. Fiarse del propio olfato no siempre da buen resultado. Al ponerse de moda, Nueva York ha empezado a imitarse a sí misma y abundan los fraudes. A este respecto se ha producido un fenómeno curioso, pero no nuevo ni único. Es éste: hace ya bastantes años proliferaron en Europa unos locales públicos, bares, restaurantes, discotecas, etcétera, supuestamente inspirados en Nueva York. En esto no había falsedad, pero lo cierto es que estos locales no se inspiraban en otros locales análogos de Nueva York, sino en algo que existía en Nueva York, pero que no cumplía la misma función, del mismo modo que un restaurante español en el extranjero trata de parecer un tablao flamenco, una plaza de toros o la almena de un castillo, lo que implica que los restaurantes en España sean así ni mucho menos. Ahora bien, una vez implantado en Europa este estilo presuntamente neoyorkino, el paso siguiente era inevitable, esto es, que este tipo de locales empezara a florecer en Nueva York. A este fenómeno añadiré otro, aunque sé que muy pocos me creerán cuando lo exponga; a saber, que al igual que París, Londres o Madrid, Nueva York se americaniza: donde hace poco había establecimientos familiares de larga tradición hay hoy hamburgueserías pertenecientes a una cadena poderosa y multinacional. También en este sentido Nueva York ha ido cambiando. Este proceso de europeización, americanización y niponización hace que las diferencias entre una ciudad y otra vayan desapareciendo y que cada día las ciudades del mundo entero se parezcan más entre sí. A esto contribuye también la rapidez y sobre todo la facilidad de las comunicaciones. Cuando empe-

cé a vivir en Nueva York era fácil regresar a España cargado de novedades y sorpresas. Hoy esto es imposible: en todas partes se encuentran simultáneamente los mismos aparatos, los mismos juguetes, las mismas prendas. Sin embargo la constatación de que ya nada es como era es tan vieja como el mundo, por lo que no insistiré en ella. Sólo quería decir que he evitado deliberadamente el dato concreto para tratar de hacer hincapié en lo que no puede ser objeto de mixtificación ni capricho.

La última advertencia es trivial pero necesaria. Al referirme a las calles, avenidas y localizaciones en general, he utilizado la nomenclatura más común, la forma tácitamente aceptada por la mayoría de las personas de habla española. Así, digo «la Quinta Avenida», pero no «la Avenida Madison», sino «Madison Avenue». Mantengo también en inglés algunos toponímicos cuya traducción les restaría a mi juicio connotaciones: el East Side, el West Side, Uptown, Midtown, Downtown, etcétera. Para las calles utilizo el numeral, como es costumbre, y para las avenidas, el ordinal: la calle Cincuenta y siete, la Séptima Avenida. Evito siempre que puedo las citas en inglés, pero tampoco considero que mis lectores lo ignoren todo con respecto a esta lengua.

No hace falta que agregue que todos los personajes y situaciones que aparecen en este libro, incluida la figura del narrador, son ficticios. Están hechos, eso sí, de fragmentos dispersos de personas y sucesos reales combinados con el único propósito de presentar una imagen viva y, en la medida de lo posible, auténtica de una parte infinitesimal de Nueva York en aquellos años. El censo de personas reales que participaron decisivamente en mi vida exigiría un libro de otro tipo que, por el momento, no me considero capacitado para escribir. Espero que estas personas, si me leen, interpreten correctamente el cariño que encierra este silencio.

Jackson Square



Durante toda la tarde un grupo de ciudadanos ha estado manifestándose en Jackson Square. Pese a su nombre, Jackson Square es un triángulo formado por la intersección de dos avenidas y dos calles: La Octava Avenida y Greenwich Avenue, la calle 13 y Horatio Street. En ese triángulo isósceles crecen unos cuantos árboles y hay unos bancos de madera en los que duermen los vagabundos por la noche. De día algunas personas aprovechan este islote en medio del tráfico para pasear a los perros. Ahora los manifestantes la ocupan en toda su extensión, aunque el piquete consta de quince o veinte personas a lo sumo. Al entrar en la casa le pregunto al portero que qué sucede y me in-

forma de que los manifestantes se oponen a la construcción de una hamburguesería en una de las esquinas de la plaza, en el solar que dejó una taberna irlandesa al ser derribada. Los manifestantes aducen, según me informa el portero, que la hamburguesería causará el deterioro de la zona y la volverá más peligrosa de lo que ya es. En la taberna irlandesa, que fue derribada hace cosa de un mes, menudeaban las reyertas y en cierta ocasión desde una de las ventanas de mi casa que dan a la plaza vi sacar un cadáver del local. Frente a la taberna se habían congregado seis o siete coches de policía y una ambulancia. Varios policías guardaban la acera para impedir que los mirones se acercaran a la puerta, de la que no tardaron en salir dos camilleros que arrastraban una plataforma baja, provista de cuatro ruedecitas y sobre la cual podía verse un fardo de lona parda sujeto con correas de cuero. Los cadáveres tienen la propiedad de ser conspicuos: cubiertos por una sábana al borde de la carretera o empaquetados como una alfombra es imposible que su presencia pase por alto al más despistado. Una vecina de pelo blanco y gafas cuya montura simula una mariposa en vuelo me aborda en el vestíbulo, frente al ascensor, y me presenta a la firma un manifiesto que encabeza este lema: *No McDonald's in this neighbourhood*. He firmado tantos manifiestos y he exigido por escrito tantas cosas importantes que esto se me antoja una parodia de mi faceta de firmante, por lo que me niego a firmar. Para suavizar mi negativa le digo a la vecina que soy extranjero, que acabo de instalarme en Nueva York, que no siento ninguna animadversión hacia esa cadena de hamburgueserías o hacia ninguna otra y que no entiendo por qué nadie protestaba de la presencia de la taberna irlandesa, que sin duda era un lugar violento, y ahora en cambio nadie parece querer una hamburguesería en la que ni siquiera se expendían bebidas alcohólicas. La vecina me escucha con atención y no responde hasta que ve que he acabado de exponer mis argumentos. Los norteamericanos en este

sentido son muy educados y respetuosos: nunca interrumpen, no creen estar en posesión de la verdad absoluta ni piensan que sus razones son únicas y excluyentes. La vecina me dice que a estas hamburgueserías acuden indefectiblemente los elementos más peligrosos, la hez de la sociedad, porque los precios son muy asequibles y porque están abiertas día y noche. Allí, pues, se refugian del calor y del frío, de la lluvia y la nieve los derrelictos, comen algo si pueden pagarlo o rebuscan entre las basuras, donde nunca faltan restos que llevarse a la boca. Estos personajes suelen ser alcohólicos cuando no drogadictos y sus reacciones son imprevisibles y desproporcionadas. Con la taberna irlandesa las cosas eran distintas: allí todo quedaba circunscrito al local, la violencia, si la había, era de puertas adentro y hasta cierto punto consentida por todos los implicados en ella. El que entraba allí ya sabía a lo que se exponía. El barrio está poblado por personas de edad avanzada. Los hombres han luchado en la Segunda Guerra Mundial y no pocos en las brigadas Lincoln; muchas mujeres han perdido a sus maridos en Normandía o en las Ardenas o algún hijo en Corea; han vivido siempre en Nueva York, la violencia no les es ajena ni les asusta. En cambio temen por su integridad física y pecuniaria: casi todos han enviudado y ahora viven solos y se sustentan de una pensión exigua. Sus hijos están casados y se han ido a vivir a otro estado o, en el mejor de los casos, a las afueras de la ciudad. De día el barrio es tranquilo, incluso solitario. De noche algunos puntos se animan por la visita de los curiosos que acuden a ver qué pasa allí, a verificar lo que han leído sobre los hippies, aunque los hippies se han ido del barrio hace años. La afluencia de visitantes hace, sin embargo, que proliferen los restaurantes pequeños, los bares recoletos y las tabernas típicas. La persona que me informa de todo esto es un indio a quien todos llaman Jimmy, pero cuyo verdadero nombre es Washakie, como el célebre jefe de los shoshones, a cuya tribu dice pertenecían sus padres. Él, sin renegar de sus orí-

genes, prefiere considerarse neoyorkino. Vino a vivir a esta ciudad cuando tenía seis años y pasó buena parte de su vida en Brooklyn. Desde hace más de treinta y cinco años vive en Greenwich Village. Trabajaba de apoderado en el Manufacturers Hannover Trust hasta que se jubiló, hace ya dieciséis años. Ahora vive solo en un apartamento de una habitación, una sala, cocina y baño. Tiene un hijo afincado en Alemania y una hija antropóloga en el Perú. Todas las noches del año baja a tomar tres cervezas, ni una más ni una menos, a una taberna antigua, de madera de roble, que en los meses de calor saca cuatro mesitas enclenques a la calle. Allí nos hemos conocido por casualidad y allí charlamos de vez en cuando. Washakie tiene rasgos indios y el pelo lacio, espeso y sin canas, a pesar de su edad, pero ahí acaban sus peculiaridades. Viste camisa de cuadros, pantalón de algodón y zapatos de lona. Con él, sin embargo, es difícil que la conversación no derive hacia el tema de los indios. Él me cuenta que Nueva York estuvo poblada originalmente por varias tribus de indios pertenecientes a la familia de los algonquinos. Los algonquinos, como sus enemigos mortales, los iroqueses, eran de estatura aventajada por término medio, bien proporcionados y, según dejan traslucir los relatos de la época, más bien suaves de trato. Vivían en poblados pequeños, integrados por unas pocas familias o clanes, compuestos de chozas semiesféricas hechas de troncos de abedul doblados, hincados en la tierra y recubiertos de corteza de árbol. Aunque habían abierto senderos en los bosques para comunicar los poblados entre sí, dada la configuración de la región utilizaban la canoa para sus desplazamientos. Las canoas consistían en un tronco vaciado o en un armazón de madera recubierto de piel. En ambos casos las canoas eran muy ligeras de peso, de modo que un hombre solo podía acarrear una canoa, llevarla a hombros entre una vía fluvial y el mar, o entre un brazo de mar y el río más cercano. Washakie habla de los algonquinos con desapego, con una erudición exenta de ideología.

Me cuenta que eran muy primitivos en algunas cosas, que no conocían, por ejemplo, los metales. En cambio, habían domesticado el maíz o aprendido su cultivo de otras tribus. Su alimento principal era la caza, que les proporcionaba además la piel necesaria para revestir las chozas, construir las canoas, vestir y calzar. Como también desconocían el hilo, imprescindible para la confección de prendas de vestir, éstas eran muy toscas: piezas rectangulares de piel unidas por tiras de la misma piel. Lo mismo ocurría con el calzado, que sólo utilizaban para recorridos largos, fuera del poblado. A ese calzado, hecho de piel blanda unida por tiras de cuero, desprovisto de cordones y de tacón, lo llamaban *mocasín*. Washakie considera irónico que los blancos adoptaran este tipo de calzado dos siglos después de que los algonquinos se hubieran extinguido. A Washakie le gusta hacer comentarios de este tipo: es lector voraz de historia, de la que siempre extrae consecuencias pesimistas. Pero no es de natural un hombre triste. Me cuenta que las mujeres algonquinas procuraban realzar su atractivo cuidando mucho el pelo, que tenían como el suyo: abundante, muy negro y lacio. Para resaltar el brillo del cabello lo untaban, me dice, con grasa de oso. También se aplicaban grasas diversas al cutis, con objeto de protegerlo de los efectos de la intemperie y conservar así la lozanía. Me señala que curiosamente procuraban realzar también el tinte rojizo de la piel con maquillajes, otra costumbre, añade, que también adoptarían los blancos mucho más tarde. Ocasionalmente se aplicaban pintura negra o roja en la frente o alrededor de los ojos, pero, como en la mayoría de las culturas primitivas, eran los hombres los que más cuidado ponían en su apariencia externa. Washakie me explica la forma que tenían los algonquinos de cortarse el pelo, esto es, rapándose los costados de la cabeza y dejando una franja en el centro; esta franja la mantenían tiesa a base de grasa. Para cerciorarse de que he entendido lo que me está describiendo, Washakie me pregunta si he visto una película que se llamaba

Quo vadis? Al responderle yo afirmativamente, me dice que el pelo de los algonquinos era como el penacho del casco de Robert Taylor en *Quo vadis?*, un casco de centurión romano. Ni Washakie ni yo sabemos aún que este corte de pelo, a su vez, se pondrá de moda dentro de unos años. El calor aprieta y Washakie empieza su segunda cerveza. El camarero me trae otra a mí sin esperar a que la pida. Es costumbre en los bares de Nueva York acosar al cliente para que consuma sin cesar. Cuando los camareros ven que el cliente tiene la copa mediada le preguntan con naturalidad si pueden traerle ya la segunda consumición. Yo no tenía planeado beber tanta cerveza, pero ante la tentación sucumbo. Washakie ha seguido hablando de *Quo vadis?*, de la que recuerda en especial un personaje llamado Ursus. También recuerda una canción que cantaba Peter Ustinov mientras contemplaba el incendio de Roma. Nueva York también parece arder en esta noche terrible de verano: el cielo aparece teñido de rojo. En realidad es el reflejo de las luces de la ciudad en la calina, que la recubre como una bóveda. Washakie me dice que hasta hace poco, en una Nueva York que ya no existe, las luces no se apagaban nunca, que este resplandor, comparado con el que había antes, no es nada. Él ha leído que un astronauta que diera vueltas a la tierra sólo podría distinguir a simple vista las luces de Nueva York. Antes la energía eléctrica era tan barata que nadie se preocupaba por economizarla, me cuenta. Él mismo, como todo el mundo, no desenchufaba el aire acondicionado cuando se iba de vacaciones; de este modo encontraba la casa fresquita al regreso. Todo el combustible era barato, dice: en invierno había que llevar ropa liviana para resistir la intensidad de las calefacciones, los coches consumían un volumen de gasolina que nadie se molestaba siquiera en medir. Ahora todo esto es sólo un recuerdo; ahora la crisis del petróleo ha engendrado la incertidumbre: ya nadie sabe cuánto valdrá mañana la gasolina o la electricidad, ni siquiera sabe nadie si podremos dispo-

ner de combustible mucho tiempo. A partir de las siete o las ocho de la tarde las luces de los rascacielos se van apagando y los edificios quedan convertidos en masas enormes y sombrías. Washakie opina que al país le ha llegado su hora, como le llegó al Imperio Romano. Le pregunto si a su juicio Richard Nixon es como Nerón y se echa a reír. Los medios de información acosan al Presidente sin descanso; todo parece indicar que Nixon tendrá que dimitir o que será procesado por un asunto complicadísimo que la prensa llama Watergate. Washakie quiere saber qué opinión me merece este asunto y le respondo que no tengo todavía una opinión formada, que hace poco que he llegado al país y que procuro no formar juicios precipitados. Esto último le parece bien. No siente respeto por las personas que tienen opiniones incontrovertibles sobre todo. A él le gustan las personas dubitativas y sin patria, como él mismo. Antes envidiaba a las personas que tenían una patria, que sabían de dónde venían y cuáles eran sus tradiciones, pero ahora se ha desengañado ya de eso. Además, añade, en su caso no hay nada que hacer. A estas alturas sentirse shoshon es anacrónico; sólo decirlo ya da risa. Sabe que existe un movimiento indio, con sus reivindicaciones y sus postulados, pero este movimiento no parece despertar mucho interés entre los propios indios. En realidad los indios nunca fueron capaces de hacer causa común frente a nada. Los shoshones se pasaban la vida peleando con sus vecinos, los sioux, los cheyenes y los pies-negros. De los algonquinos, mejor no hablar. Sólo pensaban en guerrear, toda la energía se les iba en vendettas, en inacabables venganzas familiares que se prolongaban durante muchas generaciones, que diezaban los clanes y sembraban la destrucción y la congoja. A menudo los viejos buscaban soluciones a esta situación, propugnaban la paz y formalizaban pactos fumando en pipa, pero su formación era guerrera, a los jóvenes se les inculcaban ideales guerreros, sólo eran exaltadas las proezas sangrientas y las hazañas de héroes homicidas; a la hora de